

# NATURA

REVISTA QUINCENAL  
DE  
CIENCIA; SOCIOLOGÍA  
LITERATURA Y ARTE

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Floridablanca, 126, 1.º, 2.º.—Horas de oficina: de 1 á 2 y de 8 á 9

**P. G. Mahoudeau**

## Primeras manifestaciones de la materia viva

En los tiempos antiguos de la Grecia, los sagaces observadores de los fenómenos naturales, al preguntarse cómo el hombre había nacido, cómo se había formado, llegaron naturalmente, asimilando el origen de éste al de los demás animales y plantas, á buscar de qué modo la vida había hecho su aparición en la tierra.

Veinte siglos después de Tales de Mileto, el primero de aquellos filósofos naturalistas cuyo nombre ha llegado hasta nosotros, la misma cuestión conduce á iguales investigaciones.

Cuanto más progresan nuestros conocimientos, más el sér humano aparece inseparable del mundo orgánico que le rodea. Por esto, inquirir de dónde viene el hombre, cual es su origen, entraña buscar de dónde procede la vida, ya que el hombre es un sér viviente.

Según las observaciones que cada día parecen confirmarse más y según la lógica de los hechos que muestran, en los seres primitivos hallados en las capas terrestres, un grado ya avanzado de complejidad orgánica, la vida se habría ya manifestado en los comienzos del más antiguo período geológico de la tierra. Su aparición parece confundirse con las últimas fases estelares de nuestro pla-

meta. Esto induce á pensar que la materia cósmica, que por su enfriamiento y su condensación iba formando la costra terrestre, dió nacimiento en aquel momento á compuestos químicos formando á la vez el último límite de las acciones puramente minerales y el rudimentario comienzo de las manifestaciones orgánicas.

Ninguna demarcación precisa, absoluta, separa esas dos modalidades de la materia cósmica, y el análisis químico, demostrando que los elementos constitutivos de los seres vivientes, plantas y animales, pertenecen exclusivamente á las sustancias minerales, es una importante confirmación de la unidad de la materia.

El hombre no está formado de ninguna sustancia especial, las moléculas que se agitan en su organismo, como en el de todos los seres vivos no son de naturaleza diferente á las de los cuerpos minerales de que está formado el globo que habitamos.

Como consecuencia, desde el momento que el cuerpo de los seres vivientes es químicamente idéntico á la materia mineral, que se la considera privada de vida, esos cuerpos deben proceder directamente de esta materia, puesto que no existe otra.



Las leyendas más antiguas, las más primitivas tradiciones populares no son hostiles á un origen inorgánico de los seres vivientes, al contrario, hacen provenir el hombre del limo de la tierra. Solamente algunos mitos más recientes, mirados como más respetuosos de la dignidad humana, substituyen esta concepción de un origen natural por la idea metafísica de una fuerza creadora haciendo surgir á los seres organizados de la nada absoluta.

Las primeras naciones razonadas, las de los antiguos filósofos griegos, se esforzaban, apoyadas en atentas observaciones, en penetrar los arcanos de las cosas, admitiendo la existencia de uno ó de varios principios generadores.

Todo lo existente lo consideraban una modificación de dichos principios, especie de primordiales elementos materiales. Mutaciones innumerables, pensaban aquellos filósofos, permitían á dichos principios revestir todos los aspectos posibles, creando así los astros, la tierra y todos los seres organizados.

Para Tales de Mileto, el principio generador de todo era el elemento líquido, el agua. Según él, el agua era el punto de partida del nacimiento aparente de todo sér viviente, siendo reabsorbido por el agua cuando aquél moría.

El agua es una cosa visible, tangible. Dentro del agua, como es fácil de comprobar, pululan los organismos vivos; nada más simple, pues, que mirar esa substancia material como el elemento generador de todos los seres vivos. Después, cuando el ser cesa de vivir la descomposición parece convertir en líquido su cuerpo, y hasta los huesos, expuestos al aire, son disueltos por las aguas.

Anaximandro, nacido en Mileto y discípulo de Tales, se distinguió por una intuición que se acercó á ciertas teorías que los actuales descubrimientos permiten concebir.

El origen de todas las cosas era, para

él, una materia á la vez indefinida y animada de un movimiento circular eterno. Así apareció, por primera vez sin duda, la idea de la materia inseparable de la idea de movimiento.

Esta materia móvil llenaba el universo, como éste era infinita y eterna.

Anaximandro, atribuyendo á esta materia la forma más sutil, más impalpable, admite el aire atmosférico como el principio del cual, por condensación, todo proviene: astros, tierras y mares. Del agua, como Tales, hacía nacer todos los seres vivientes, sin exceptuar el hombre, pues para él el embrión humano fué nutrido por los peces, si no directamente parido por ellos.

Como se ve, esos filósofos naturalistas miraban las substancias inorgánicas como el punto de partida de los seres organizados.

Sus concepciones fueron más atrevidas todavía, pues Pitágoras y sus discípulos, al decir de Plutarco, consideraban á la materia dotada de cierto grado de sensibilidad. Para ellos, la materia era capaz de sentir, susceptible de sufrir. Admirable idea que vemos de nuevo emitida en nuestra época.

Anaximeno y Diógenes d'Apollonie, consideraban el aire como el principio de todas las cosas. Para ellos la inteligencia misma, con el nombre de alma, era de origen gasiforme. El principio primordial, el aire, era una materia no solamente infinita y eterna, sino también inteligente.

Con Eráclito, el tenebroso filósofo de Ephése, el principio generador varía: ya no son el agua ni el aire los creadores, sino el fuego. Las concepciones generales siguen siendo las mismas. Todo se convierte en fuego, el fuego se transforma en todo, es eterno, sin cesar en movimiento y dotado de inteligencia.

El poeta naturalista Empedocleo de Agrigenta, atribuye la causa del movimiento perpétuo de la materia á la in-



fluencia antagónica de dos principios: el amor y el odio. El amor reúne los cuerpos, procede por cohesión; el odio los desune, procediendo por disolución. El amor crea los organismos, el odio los destruye.

Cambiemos las denominaciones: llamemos atracción al amor y repulsión al odio, y tendremos, presentidos hace más de dos mil años, los fenómenos de la química.

«Ved—escribe el poeta naturalista—la admirable colocación de los miembros humanos, que el amor ha juntado en un todo; ved como son vigorosos en la flor de la vida; pero he aquí que al declinar, un desacuerdo rompe la armonía.»

Por último, fué en Abdere, villa de Tracia, donde Demócrito, remontándose más lejos en busca del origen de las cosas, concibió la idea de los átomos.

Partículas materiales excesivamente tenues, moviéndose sin cesar en el espacio, reencontrándose y uniéndose unos con otros, esos átomos, por sus diversos agrupamientos, han constituido los cuatro elementos, el aire, el agua, el fuego y la tierra, los que á su vez han producido las plantas y los animales.

Los seres vivientes provienen, por consecuencia, de la materia formada por los agentes físicos y no han sido creados de la nada por una fuerza misteriosa. Tal es, en resumen, la idea que se formaron los antiguos filósofos griegos acerca del origen de la vida...

Más tarde, en Roma, otro filósofo naturalista, también poeta pero gran observador, dijo lo mismo.

«Nada se produce de la nada. Nada es obra de los dioses. Á fuerza de ver producirse en la tierra y en los cielos hechos cuyo origen busca en vano la razón, llegamos á atribuirlo todo á la voluntad divina.» (LUCRECIO. *De la naturaleza de las cosas.*)

Ni en la antigua Grecia, ni en el imperio romano, los hombres pensadores

buscaron en la nada y en lo sobrenatural el origen del mundo y de los seres vivientes. Hoy día, la química y la física repugnan tal origen. Sólo en la observación de los fenómenos naturales débense buscar las nociones más ciertas que nos expliquen cómo ha empezado á manifestarse la materia viva.

Huxley, estudiando en 1868 los limos extraídos de las grandes profundidades del Atlántico (4.000 metros), descubrió una substancia albuminosa que él creía podía ser una forma primordial de la materia viva. Esos limos provenían de sondajes hechos en 1857 para tender el cable trasatlántico, y habían sido conservados en alcohol. Siendo, pues, defectuosas las condiciones de estudio, había el riesgo de que las conclusiones fueran erróneas.

Aquel mismo año (1868), Wyville Thompson y Carpenter encontraron y pudieron estudiar la misma substancia en estado fresco, sacada entre los productos de los dragajes efectuados por el *Porcupine* en el golfo de Gascuña. Esta substancia era entonces movable, es decir, susceptible de ser considerada viva.

En 1872-73, Bessels observó su presencia entre las materias sacadas por la draga del *Polaris* en el estrecho de Smith, al Norte del mar de Baffin.

Esta substancia albuminosa presenta el aspecto de una gelatina absolutamente amorfa. Sus dimensiones son indefinidas, pues esta masa gelatinosa de materia móvil parece no tener talla determinada; susceptible de crecer sin cesar, llegará quizás á tapizar el fondo de las aguas del Atlántico del Norte. Su multiplicación no se efectuará por reproducción, sino más bien por disgregación de fragmentos que, separados accidentalmente, irán, arrastrados á lo lejos, á continuar su vida, aumentando de volumen y formando así colonias.

Huxley dió á esta substancia de las



grandes profundidades marítimas el nombre de *bathybius* (*bathus*, profundo, y *bios*, vida), y la dedicó al naturalista de Iéna, Ernesto Hæckel.

El año anterior, Hæckel había encontrado en la bahía de Villefranche un grano albuminoide, sin núcleo, que él consideró como la forma viva más simple, tipo antecesor de la célula con núcleo. Era el *Protogenes primordialis*.

El *bathybius*, masa sin núcleo, sin traza alguna de organización y capaz de cubrir espacios inmensos, apareció como una especie viviente inferior morfológicamente al *protogenes*. Se consideró, pues, esta substancia, como el primer esfuerzo de la materia bruta para conquistar la organización, es decir, como el paso de las formas minerales á las orgánicas.

El *bathybius* posee los caracteres siguientes de los seres organizados:

1. La facultad de moverse;
2. La facultad de crecer nutriéndose, lo que es necesario admitir, puesto que se le encuentra ocupando extensiones inmensas;
3. La composición química albuminoide.

Esta concepción de una masa considerable de materia viviente cubriendo el fondo de los mares, no podía menos que suscitar algunas objeciones.

Por de pronto, examinando minuciosamente, el *bathybius Hæckelli* aparece químicamente compuesto en su mayor parte de substancias minerales: ácido silícico ó sulfato de cal, en tanto que sólo contiene un 3 por ciento de materias albuminosas.

† Sería, pues, un cuerpo organizado conteniendo apenas substancias orgánicas.

Por otra parte, derramando alcohol fuerte en agua de mar, se obtiene un precipitado cálcico que tiene todo el aspecto celuloide del *bathybius*. ¿Será entonces el *bathybius* una substancia

mineral que se forma por la acción de materias orgánicas?

Por último, se le ha descrito como formado por gran cantidad de grumos mucilaginosos, los unos redondos, amorfos los otros, constituyendo redes viscosas que cubren las piedras y demás objetos de los fondos marinos, y dentro de estas redes encuéntrase corpúsculos calcáreos (*Discolithes*, *Cyatholithes*) que se consideran como los productos del *bathybius*.

Ahora bien, virtiendo carbonato de cal en una solución albimunosa, Hartinh ha podido reproducir esas partículas calcáreas de forma regular, las cuales parecen ser simples precipitados. Esas experiencias parecen demostrar que el *bathybius* debe considerarse como un precipitado inorgánico.

Es necesario añadir que si bien el *bathybius* está carectarizado por la presencia de esos nuditos calcáreos, pueden, sin embargo, faltar éstos.

La gelatina albuminoide encontrada por Bessels en las costas de Groelandia no contenía nuditos calcáreos, Bessels, considerando esta forma más simple aún que la que contiene los nuditos, le da el nombre de *Protobathybius*.

En los dragajes del *Challenger* no se encontraron los *bathybius*; en cambio, cuando las exploraciones del *Travailleur*, encontráronse en grandes cantidades.

M. Milne-Edwards, que examinó entonces dicha substancia con el microscopio, la consideró solamente como una masa de mucosidades producidas por las esponjas y por ciertos zoofitos, como especie de secreciones emitidas por aquéllos al ser heridos por el rudo contacto de las redes de pescar.

Es digna de notar esta opinión porque, en contradicción con las conclusiones de las experiencias citadas, considera al *bathybius* no como un simple precipitado mineral, sino como un producto orgánico.

(Continuará.)





## Un dilema

Que las clases que poseen, ya por los intereses personales ó por los cuidados de su posición, teman y execren la revolución social, se concibe perfectamente, porque las imágenes que se forman de tal revolución y sus consecuencias, son generalmente más horribles que la realidad misma. Pero en tal caso, es inconcebible é imperdonable que esas clases teman y rechacen, á la par que la revolución, todo proyecto que tienda á dar al malestar social una solución pacífica, y llegar por medio de una reforma, á un mejor estado de cosas.

Cuanto más desconozcan el movimiento social, cuanto más rehusen mirarlo cara á cara, más se engrandecerá, en silencio, llegando á ser imposible el evitar una violenta solución. *En lugar de perseguir, odiar y calumniar á los que patentizan el malestar social y proyectan curarlo, harían bien en estarles agradecidos y escucharlos con calma.* Pero las clases que hoy poseen y reconcentran en sus manos la mayor parte de la influencia política, es decir, la BURGUESÍA, carece de lo que para esto es necesario, y sobre todo de instrucción. Sus miembros, que se han elevado de las capas inferiores de la sociedad, llegando á la opulencia y á tener influencia gracias al desarrollo de la industria, del comercio, no encuentran nada más ventajoso que el conservar esta situación y su bienestar material; y por lo mismo desprecian todas las teorías que les son contrarias, como

ensueños impracticables de vana ideología.

Las palabras «dinero», «crédito», «parlamento», «liberal», «responsabilidad ministerial», etc., forman todo el repertorio de sus ideas políticas y sociales, y todo lo más llegan hasta el «*libre camino para todos*», considerado por ellos como el *non plus ultra* del liberalismo, entendiendo por ello el apartar los obstáculos, originarios de la Edad Media, que obstruyen aún hoy día la vía del trabajo libre. Ellos no creerán seguramente que éste sea un camino libre, cuando las mejores plazas están ya tomadas y los peones pueden apenas facilitarse pasaje, á riesgo de ser aplastados entre las ruedas de las carrozas de los potentados; olvidan que no puede haber tal libertad de trabajo en tanto sea éste tributario del capital tal privado ó de la propiedad particular.

En realidad hoy todo está igual que antes, como en la época que el señor hacía trabajar á sus siervos exclusivamente para él. Solamente ha habido un cambio de papeles; y la presión moral, ejercida sobre el trabajador por, la *propiedad* y el *capital actual*, es bastante más dura que el antiguo yugo.

Que todo esto no puede durar, es innegable, y dependerá de la más ó menos inteligencia de la burguesía actual, es decir, de la porción emancipada de nuestros ciudadanos, que tengamos una revolución social, con sus consecuencias horribles é incalculables, ó una reforma pacífica y gradual.

(De *L' Homme selon la Science*.)

**U. González Serrano**

## Factores del orden jurídico

Ni la tradicional ciencia jurídica, ni la moderna sociología pueden desconocer ú olvidar que el orden jurídico, aún mo-

mentáneamente perturbado, se restaura y restablece por virtud interna de su contenido (el hecho no destruye el dere-



cho, lo que es no niega por completo lo que debe ser, la tempestad trae la calma, etc.) La virtud interna que restaura el orden jurídico reside en sus factores. ¿Cuáles son éstos?

Desde luego, la persona obligada, la que ha de cumplir el derecho, es también la única capaz de perturbarlo. Semejante posibilidad, susceptible de transformaciones (1) implica *la voluntad de la persona obligada*, pues sin tal requisito (la perturbación consciente y voluntaria del derecho) no se concibe el fenómeno delictuoso ó criminal.

Pero el agente voluntario, por el influjo de la herencia, por la acumulación de hábitos y merced á los instintos de imitación, llega á producir la perturbación del derecho, el delito, como un *fenómeno social*, enlazado con otra multitud de fenómenos, que gráficamente denomina el vulgo «la pendiente del crimen.» Los coagentes, que influyen en el propiamente voluntario, no anulan, pero condicionan la voluntad, siendo lícito afirmar que es ésta la que determina propiamente, mientras la convivencia social condiciona la perturbación del derecho. Exagerada esta verdad por V. Hugo al decir «cuando yo peco, la humanidad peca en mí» y por los deterministas al definir al delincuente «instrumento que ejecuta los crímenes preparados por la humanidad», no se puede, sin embargo, desconocer el grado de exactitud que contiene, fácil de fijar, si se distinguen la causa y la condición.

Si el delincuente es la causa productora del hecho criminal, los coagentes (concretados en la convivencia social ó en los círculos sociales que el primero frecuenta), condicionan la aparición de

dicho fenómeno. Y no ha de quedar preferido este elemento condicional, aunque subsista la necesidad de reparar el derecho perturbado, fundamento de la pena, refrenando la voluntad del culpable (1). La concepción dinámica del derecho y de su contenido como un fenómeno vivo (el acto justo ó injusto) conduce lógicamente á prescindir del concepto abstracto del delito (como la medicina prescinde de las clasificaciones abstractas de las enfermedades y atiende en la cura de los enfermos á su idiosincracia) y á individualizar la pena sin diluirla en la responsabilidad social ó subsidiaria (2).

Reparada la perturbación del derecho y aun conseguida la mejora del culpable (problemática ante las deficiencias de los sistemas penitenciarios), todavía exige la reintegración del orden jurídico, cuya perturbación consiste en lo inadecuado de los medios respecto á los fines, que los primeros se modifiquen según los requerimientos de la naturaleza específica de los segundos, y como los medios proceden de cuánto nos rodea (*ingesta* y

(1) Toda explicación es un comienzo de justificación y, al explicar el génesis del crimen, determinado por la persona jurídica y condicionado por la convivencia social, sin diluir la responsabilidad en la colectiva como mancha de aceite, que, extendiéndose se borra; cambia, sin embargo la índole de la sanción y no se invoca ya para aplicarla la vindicta pública. Aparte la consideración atendible de la defensa social, la pena tiene un fin principalmente correctivo y de enmienda para evitar (no lo malo ya realizado y que no tiene remedio) el acto que el culpable podría cometer en lo sucesivo. Suaviza la ley de la penalidad y se reconoce, como ha dicho un gran pensador (SALMERÓN, Discurso, defendiendo la legalidad de la Internacional de Trabajadores), que «la pena es un derecho del criminal,» «medicina moral de sabor ingrato por el gusto y buena para la salud.»

(2) Aun los que, como DORADO (V. sus Bases para un nuevo Derecho penal, páginas 90 y siguientes), aspiran á convertir el derecho penal de represivo en preventivo, concluyen reconociendo la necesidad de un *minimum de coacción* (página 187). Dorado aduce en pro de ella el testimonio de algunos escritores anarquistas como Bruno Wille y Merlino. Por mucho que influya la moral en el derecho (influencia que nunca será perniciosa) jamás podrán confundirse ambos, ni prescindir el derecho de cierto grado de coacción externa, que, sin ser su característica, sirve de garantía al orden jurídico.

(1) V. ALFREDO NICÉFORO. *La transformación del Delito en la Sociedad moderna*, traducción de C. Bernado de Quirós. Madrid, 1902.

En dicha obra Nicéforo señala la primera transformación del delito, en la sustitución del violento, por el cometido fraudulentamente y sigue su evolución con observaciones y datos muy sugestivos.



*circunfusa*), de la convivencia social, á ella ha de referirse también la reforma y mejora intentadas, de igual modo que al ingerto del árbol que se quiere hacer fecundo, ha de ir unido el abono y con él la labor de la tierra en que florece y fructifica.

Mas la convivencia social no es suma sin sumandos, organismo sin órganos ó todo sin partes, sino que se halla integrada por las voluntades ó por la conducta racional y buena de los individuos. La convivencia de ambas sirve de base al orden jurídico, forma la conciencia social y canaliza la opinión y por el contrario la divergencia de ambas engendra desequilibrios y perturbaciones, que si á veces se compadecen con la paz material, jamás consiguen la moral, de las conciencias. La conducta, toda ella,—incluso la interna, *alma-mater* de la exterior de no vivir en medio de *sepulcros blanqueados*,—es el contenido propio del orden jurídico y á la conducta y á su gradual mejora, formando la conciencia social y la individual, ha de encaminar todos sus esfuerzos el sociólogo.

Si; á la voluntad y á los estímulos internos que condicionan su ejercicio, se ha

de encomendar en primer término la eficacia del derecho y de su imperio en el mundo, para conservar el orden jurídico ó restaurar el perturbado. Coge la cáscara y arroja la nuez la irreflexiva conciencia popular, cuando castiga una falta ejecutando en efígie, para satisfacer la pasión de la venganza. Así acontece en las revoluciones que se satisfacen con ser iconoclastas y quemar los símbolos, dejando intacto lo simbolizado. Secuenta que en la reacción, producida en Francia, durante el período del *Terror blanco*, se quemaron águilas vivas á falta de lo que simbolizaban (el imperio) y en tanto quedaba intacta la voluntad, águila verdadera y de libre vuelo. Lo demostró la historia, al derrocar la restauración borbónica, que, lejos de haber quemado el imperio, provocó su nueva fase, la del segundo imperio de Napoleón III. Fueran innumerables los ejemplos, si se quisiera citar todos los de la misma índole. Comprueban que nunca, jamás, los estímulos externos pueden suplir á los internos y á la vez que el orden jurídico es superior, excede al intervenido y sancionado por el poder público.

Madrid, Agosto 1903. (\*)

(\*) Los autores son libres de emitir sus ideas, sin que de ellas nos hagamos solidarios.—N. DEL G. E.

**Alejandra Myrial**

## Derechos y Deberes

En la época del poderío de la Iglesia romana, cuando la autoridad suprema reinaba en Occidente por encima de reyes y de emperadores, no se hablaba más que de *los deberes* del hombre. Deberes para con la divinidad, deberes para con la Iglesia, para con el soberano, para con los jefes y superiores de todo género.

Los *derechos* se reconocían únicamente á los poderosos, reyes ó señores, que los ejercían sobre los inferiores y constituían, en realidad, una restricción á su

autoridad absoluta. No permitiéndoles ejercer legítimamente su poder sino en el límite de los derechos que esta autoridad les confería en nombre de la divinidad, la Iglesia subordinaba el goce de estos derechos al cumplimiento de los deberes hacia ella y no titubeaba en desligar de su obligación de fidelidad y de obediencia á los súbditos de un príncipe rebelde á su autoridad.

Si así sucedía con los grandes no hay necesidad de describir cuál era la condición del pueblo. Para éste no existían



más que *deberes*. Predicábasele sin cesar la humildad, la resignación y la sumisión, sin jamás permitirle creer que podía, en cambio, tener derecho á otra cosa que no fuese el Paraíso.

Siglos y siglos transcurrieron de este modo hasta que se hubo abierto definitivamente paso una concepción nueva encerrada en la célebre frase: *No más derechos sin deberes, no más deberes sin derechos*.

Derechos sin deberes, en realidad no había, pues los más poderosos quedaban obligados, por lo menos, á los deberes morales por el hecho de la misma doctrina sobre la cual basaban sus derechos. *No más deberes sin derechos*, fué una fórmula más nueva y que parecía más revolucionaria, aunque un poco de exámen demuestre fácilmente la incompatibilidad completa existente entre las nociones de *derecho* y de *deber* y la libertad.

La palabra *derecho*, considerada generalmente como una expresión de libertad, á veces hasta de rebeldía, encierra, al contrario, la idea de sumisión. Este término abstracto expresa la *legitimidad* é implica, por consiguiente, el reconocimiento de una autoridad material ó moral, de un código que hace distinción entre los actos que se *debe* ó que *se puede* ejecutar y los que *no se debe* ejecutar.

En el sentido legal, los derechos del individuo están determinados por los códigos de los países á los cuales pertenecen. Es una especie de convención, un *modus vivendi*, entre gentes que forman una misma nación, con la particularidad de que los derechos de los ciudadanos los establece una minoría y la mayoría queda obligada á no franquear los límites que se le imponen expresando necesidades á cuya satisfacción la mayoría *no tiene derecho*.

Aunque el derecho exprese la voluntad de la mayoría, no dejaría de poner

límites á las aspiraciones de algunas individualidades y sería, por tanto, una restricción.

Durante un período revolucionario, y en general, para todos aquellos que reivindican ciertos derechos determinados, la palabra *derecho* es sinónima del desideratum de los combatientes.

Si esta reivindicación se efectúa por medio de la fuerza, no es más que un episodio que marca una lucha entre deseos opuestos, entre individuos que quieren someter á otros á su voluntad. Si, por el contrario, las reivindicaciones se efectúan dentro de las formas llamadas legales, constituye solamente un *permiso* que los solicitantes piden á una autoridad, á quien reconocen el derecho de acceder á su demanda ó de rechazarla, y entonces su misma reivindicación es señal de su dependencia.

La concepción del derecho, como la de la justicia, está íntimamente ligada á la creencia en el Bien y en el Mal. Tomado el *derecho* en su mejor acepción, es la expresión de lo que es justo, de lo que es bueno. Como pasa con todas las ideas abstractas, cada uno concibe el derecho según sus particulares nociones, y no habiéndose podido entender sobre los derechos que pertenecen á cada individuo de una sociedad, ¿cómo podremos imaginar, determinar y decretar cuales son los *Derechos del Hombre*?

Cualquiera que reclame el ejercicio de un derecho, reconoce, por el mismo hecho de la reclamación, que hay cosas y actos á las cuales *no tiene derecho*. Cuando se dice, *mis derechos*, se entiende lo que se halla ser justo y bueno hacer, y desde luego todo lo que está fuera de *estos derechos* constituye cosas que no están permitidas, que no son legítimas.

Puede admitirse esta expresión cuando se aplica á casos particulares, hablando, por ejemplo, de los derechos de las dos partes en un contrato en él que cada una



se ha impuesto ciertas obligaciones y asegurado ciertas ventajas. En este sentido restringido, la regla á la cual se hace referencia, es el contrato estipulado por la voluntad de los participantes. Pero cuando se habla de los *derechos del hombre*, ¿dónde está la ley precisa que los determine? ¿En qué laboratorios, en qué salas de experiencias se ha hecho el descubrimiento?

¿Por qué tanto empeñarse en intentar restringir la humana actividad, pagándonos de viejas palabras? Cada individuo tiene realmente *el derecho* de hacer lo que *puede* hacer. Cada ser *puede* obrar según sus facultades y no puede obrar de otro modo. Si á veces intenta traspasar los límites que le asignan sus aptitudes, resultantes de la composición y de la disposición de los elementos de que está formado, la enfermedad, el sufrimiento y el remordimiento físico, único verdadero remordimiento, le enseñarán que ha traspasado su *poder*, que ha traspasado su *derecho*.

Conviene oponer á la fórmula de «haz lo que debas,» la expresión viviente de «haz lo que quieras,» pues la voluntad de un hombre sano no es más que la manifestación de su necesidad que le dicta lo que es bueno hacer, lo que normalmente debe hacer.

Pero, se objeta, ¿cómo será posible la vida humana sin reglas, sin restricción, en medio de todas estas voluntades diferentes manifestándose libremente contrariándose á veces? Del propio modo que es posible la Vida en el Universo. ¿Acaso en el eterno movimiento de la materia, no se ve como los elementos diversos chocan ó se unen en luchas y atracciones perpétuas? Este inmenso y constante trabajo, ¿no produce acaso la Vida? No es la Vida misma? ¿Por qué obstinarse en colocar al hombre fuera de las leyes universales? Contrariando la Naturaleza, en lugar de mejorar su suerte, la Humanidad no ha logrado

otra cosa que acrecentar la suma del dolor inherente á la existencia individual, con una multitud de sufrimientos artificiales.

Disminuir la vida, aprisionarla entre barreras, es ir precisamente contra el objetivo que se propone. La cohibición que se impone al individuo da por resultado que éste aborrezca la vida social. Á menudo no se da él mismo cuenta de sus sentimientos, pero sus actos son la fiel manifestación de aquel odio, y esta voluntad, esta necesidad cuya expansión se contraría, produce, desnaturalizándose, las perversiones, las desviaciones del sentimiento, todo este conjunto de actos anormales y nefastos que presenciamos en el seno de las sociedades sometidas á las ideas de ley y de derecho.

La ignorancia, las supersticiones religiosas, han producido en esta cuestión, como en todas las que hacen referencia á la vida humana, las aberraciones más funestas.

Aborrecidos ó por lo menos considerados la vida física y el cuerpo como despreciables é inferiores á la vida del alma (lenguaje de los creyentes), á la vida del espíritu (lenguaje de los sedicentes incrédulos), da por resultado natural que los derechos más reclamados, aquellos por cuya obtención más ha luchado la Humanidad y más sangre ha derramado, no interesen directamente la vida humana.

Parece como si los hombres se hubiesen avergonzado de reivindicar ó de proclamar su derecho absoluto á la vida, á *toda* la vida del cuerpo, fuera de la cual, dígase lo que se quiera, no hay vida del espíritu.

Ante todo es necesario vivir y vivir sanamente para poder pensar y producir actos sanos. «El hombre no vive solamente de pan,» dijo una palabra célebre. Ciertamente, necesita otros alimentos para nutrir su cerebro, para desarrollar su pensamiento; pero antes necesita el pan.



Durante mucho tiempo, los mismos que se declararon incrédulos y materialistas, se avergonzaron de dar importancia á preocupaciones tan *materiales* y todo el esfuerzo humano se dirigió hacia las abstracciones.

Se ha reclamado la libertad de conciencia, la libertad del pensamiento, sin soñar que el pobre analfabeto ó poco instruido embrutecido desde su niñez por un pesado trabajo, no puede *pensar libremente* y obrar según su *pensamiento*, porque la misma facultad del pensamiento está casi por completo aniquilada en su cerebro deprimido por una vida anormal.

Se ha reclamado *el derecho* de votar, es decir, el derecho á la obediencia. Significa el derecho de declarar uno mismo que renuncia á ser dueño de sí para acatar la voluntad de unos cuantos individuos elegidos de antemano para que decidan en todo.

Se ha reclamado la libertad del trabajo, el derecho para todos de ocupar todos los cargos públicos, el derecho á la Justicia, etc. ¿Pero qué es todo esto sino ficción pura, palabras vacías de sentido? ¿Es libre el pobre, teoría aparte, de discutir el precio de su trabajo? No, porque en el hecho de tener necesidad de comer, está á merced de los que poseen y pueden darle los medios de aquietar su hambre. Siempre la teoría aparte, ¿puede el pobre, salvo raras excepciones, desempeñar los cargos públicos? ¿Puede procurarse la instrucción necesaria para pretenderlos? ¿Puede esperar el tiempo indispensable para procurársela? Sin duda que no. Tiene que entregar enseguida, sin demora, sus brazos, su fuerza y su vida para procurarse el pan diario y el abrigo contra la intemperie.

Comer; todo está en esta palabra. Los actos más insignificantes, las concepciones más geniales, se alimentan con el cotidiano alimento. Comer no es toda la vida, pero es la acción más inmediata-

mente ligada á la vida, la que la mantiene, la conserva para que florezcan luego todas las producciones del pensamiento.

Este *derecho* tan natural que la imperiosa necesidad diaria recuerda sin cesar al hombre, la Humanidad lo ha desdenado. No cabe negar que se han producido rebeliones impulsadas por el grito de los estómagos hambrientos, pero fueron pasajeras y nunca se proclamó netamente el derecho absoluto que tiene todo individuo á conservar su existencia suministrándole el alimento que ésta exige.

Los pueblos sueñan con abstracciones y se alimentan con quimeras. Gastan sus fuerzas en la adquisición de cosas vanas, fijos los ojos en las nubes, engañados por lo que escuchan, y andan á través de los siglos con el ideal siempre en los labios y los pies desnudos, harapientos, debilitados por las privaciones, siendo presa de una muerte prematura por haber abandonado en su ignorancia la posesión de la tierra á los demás y despreciado la Vida.

*No hay deberes sin derechos.* Siendo considerado el derecho como una especie de compensación, de recompensa atribuida al cumplimiento del deber, resulta que en realidad es el *Deber* el que ocupa el primer lugar en la fórmula y lo conserva efectivamente en la vida social actual.

El *deber* es la obligación de cumplir ciertos actos en general desagradables y —como con el *derecho*— se busca en vano la regla que preside la elección de estos actos decretados de absoluta necesidad. Ni el derecho ni el deber tienen una base racional y científica. Sacando su primer origen de la vieja creencia en los códigos dados á los hombres por las divinidades, el deber cambia según los mitos de las diversas naciones, según los intereses de los que tienen el arte de imponerlo á las masas y persuadirlas de que tienen que conducirse de un modo ventajoso para ellos.



La naturaleza no nos presenta en ninguna parte la sanción de estos pretendidos *Derechos del hombre*. En nosotros no ha puesto más que el impulso á realizar un acto porque sentimos la necesidad de ejecutarlo ó porque la experiencia nos ha demostrado su necesidad en vista de nuestro propio interés.

Limitada á las relaciones sociales, la palabra *deber* no puede en realidad expresar más que la obligación que un hombre se ha impuesto libremente para con otro hombre, sea en el caso de un cambio, por servicios obtenidos ó de cualquier otro modo puramente de conveniencia personal.

Respecto al *deber* en el sentido absoluto, no es más que una palabra vacía de sentido, un obstáculo á la Vida.

Por el hecho de nacer no ha contraído el hombre ninguna obligación, no ha dado su consentimiento á ninguna convención. Más tarde, en el curso de su vida, la necesidad de recibir ayuda de los demás le conduce á dar algo de él en cambio; ¿pero cómo concebir la pretensión que se arrojan las asociaciones llamadas Estados, de someter bajo reglas dictadas por gentes que hace siglos murieron á todos los hombres que nacen en una determinada extensión de territorio? ¿Y si los últimamente venidos hallan que estas leyes son estúpidas y poco adaptadas al grado de su evolución y no les place la forma de la asociación? El caso está previsto. Para demostrarles la excelencia de los deberes que pretenden

desconocer, se les aprisiona ó suprime de varios modos. ¿En nombre de qué?

No hay deberes á cumplir, como no hay derechos á reivindicar. Unicamente el Saber y la Experiencia son capaces de indicar á un hombre lo que conviene á su naturaleza y la absoluta necesidad que tenemos todos regula suficientemente las mutuas concesiones que debemos hacernos para el mejor bien de *cada uno en particular*.

Habituados á plegarnos bajo la restricción, á buscar fuera de nosotros la regla de nuestra existencia, acabamos por no distinguir á veces la voz de nuestra necesidad. Hay que reanimar esta voz arrojando las mentiras destructoras de la vida.

Nada tengo que ver con las palabras, con los deberes, ni con los derechos. Las necesidades de mi vida se me transmiten por el deseo que siente mi organismo, y lo que él quiere esto es lo que yo quiero.

El hombre se espanta, el hombre tiene miedo de la libertad y aunque la naturaleza todo se lo permite, prefiere esperar, para obrar, á que sus dueños le concedan el permiso. ¿Qué le queda, pues, de su vida, si sus deseos llevan un freno, si los impulsos están rotos y si el instinto está falseado? Apenas si le queda la miserable existencia de los animales domésticos que el dueño apacenta, midiéndoles el beber, el comer, el amor, el aire, la luz y golpeándoles cuando no obedecen á su mandato. La Ignorancia es para el Hombre el dueño que no le deja Comprender ni Querer.

---

**Ch. Letourneau**

## Origen y evolución de la guerra

Siendo necesariamente la matanza guerrera expresión de una mentalidad salvaje, no puede evolucionar sino dentro de límites bastante estrechos. No

obstante, se transforma como todo lo que dura: tiene sus fases.

En la primera reviste un carácter horrible, desconocido hasta de los animales



más feroces, que ordinariamente no cazan á los seres de su misma especie para devorarlos.

Convertir nuestro semejante en animal de caza es una monstruosidad que solamente al hombre se le ha ocurrido y de la cual es culpable. Llamando animal á esta faz de la guerra, ha injuriado á las bestias.

En la segunda faz evolutiva de la guerra, no se come ya al enemigo vencido, pero se alimenta contra él un odio atroz. Matarle no basta, se halla cierta voluptuosidad en mutilarlo, torturarlo, lo cual es menos grosero, pero ciertamente mucho más cruel que degollarlo para comerlo. Es la guerra salvaje. Aunque aisladamente, se dan aún casos como éste en la guerra llamada civilizada.

Las palabras «guerra y civilización» rabian de verse juntas y se dan de cachetes. La guerra llamada civilizada, la nuestra, difiere de la guerra salvaje menos en el fondo que en la forma. Nos hemos dedicado con gran esfuerzo y grandes gastos á inventar procedimientos ingeniosos para matar y mutilar al adversario á grandes distancias porque nos repugna hacerlo de cerca y lentamente á la manera de los Pielas Rojas. Sin titubear se extermina á millares de hombres por los medios más horribles, pero nos indignamos ante la sola idea de comérnoslos, experimentando un sentimiento de asco, y no obstante, como dijo Montaigne, «es más bárbaro matar á un hombre, que asarlo y comerlo después de muerto.» Estas repugnancias no son lógicas; pero indican, sin embargo, que un sentimiento de humanidad, confuso y vago aún, se ha despertado en la conciencia de los pueblos.

Pero de todos modos la sangrienta locura de la guerra continúa aún emborrachando al género humano casi por entero. Únicamente un gran estado, la China, tiene la guerra en mediocre estima. Únicamente una religión, el brahmanismo, se ha esforzado en atenuar sus horrores.

*La Europa cristiana y sedicente civilizada aun no ha llegado á este resultado.*

La guerra es la gran preocupación de los gobernantes y la gran pasión de los pueblos, y á pesar del pretendido antagonismo, descubierto por Spencer, entre la industria y la guerra, nunca fueron tan espantosas las carnicerías guerreras como desde el florecimiento y desarrollo del período industrial. Roma hacía guardar su vasto imperio por 300.000 legionarios; la Europa moderna ha organizado para la guerra una población de doce á catorce millones de hombres y *la acción regresiva de la selección militar se ejerce en grande escala.*

Sin titubear la religión llamada de paz y de amor santifica estas carnicerías. Los potentados nos hablan corrientemente del *Dios de los ejércitos*, que en nada difiere esencialmente del Marte mejicano, Huitzilopochtli, al cual ofrecían sin cesar corazones humanos aun palpitantes, y después de una victoria en que millares de jóvenes quedan cruel y estúpidamente inmolados, el incienso humea y el *te deum* resuena bajo las bóvedas de nuestras catedrales. Únicamente una pequeña minoría protesta contra este abominable estado de cosas y la masa de gentes reputadas sensatas tiene á aquella por poco sensata. Se nos dice que la guerra es una escuela de abnegación. Fácil sería hallar otra mejor donde no se segara la flor de la Humanidad.

El salvaje instinto de asesinato guerrero tiene echadas profundas raíces en el cerebro humano porque se ha cultivado y estimulado cuidadosamente durante millares de años. Es de esperar que una humanidad mejor que la nuestra logre corregir este vicio original, pero ¿qué pensará de nuestra civilización, mal llamada refinada, de la que tanto nos envanecemos? Poco más ó menos lo que pensamos nosotros del antiguo Méjico y de su canibalismo á la vez religioso, guerrero y bestial.



## Un aspecto del capital

Se imagina uno que todo capital da una renta de la misma manera que un árbol da frutos ó una polla huevos; que la renta es un producto formado exclusivamente por el capital y distinto de él. Y lo que contribuye á propagar esta idea falsa es que la mayor parte de los capitales se nos muestran en forma de títulos de renta, acciones ú obligaciones de los cuales, según la fórmula consagrada, se cortan los cupones que representan la renta. Durante seis meses; ó tres meses, ó un año, según la naturaleza del título, el cupón aumenta.

Llegado el día del vencimiento, está maduro: se le puede separar, y en efecto, se le separa de un tije retazo.

Más aún; del mismo modo que el fruto ó el grano se recoge, se puede sembrar de nuevo y formar una nueva planta que dará nuevos frutos, ó lo mismo que cuando un huevo se ha puesto, se puede poner á incubarlo y hacer que salga un pollo que dará nuevos huevos, igualmente colocando un cupón se puede constituir un nuevo capital que dará nuevos cupones de interés, y de esta suerte se le ve crecer y multiplicarse, según las mismas leyes, parece, que las que presiden á la multiplicación de las especies vegetales y animales. Pero la ley del interés compuesto, porque así es como se la llama, es mucho más maravillosa que la multiplicación de los arenques ó de los hongos, tan frecuentemente citados á propósito de las leyes de Malthus y de Darwin.

De este modo, un simple sueldo colocado á interés compuesto el primer día de la era cristiana, habría producido hoy un valor igual al de dos mil ochocientos millones de globos de oro maciso del volumen de la tierra; el ejemplo es clásico.

Es preciso deshacerse de toda esta fantasmagoría que irrita tanto, y no sin razón, la bilis de los socialistas. Esta especie de fuerza productiva y misteriosa que se le atribuye al capital, y que le sería propia, esta virtud generadora es pura quimera. Lo que dice el dicho popular; el dinero no pare y el capital tampoco.

No solamente un saco de escudos jamás ha producido un escudo, como ya había observado Aristóteles, sino que una bala de lana ó una tonelada de hierro jamás han producido un vellón de lana ó un átomo de hierro; y si los carneros producen otros carneros, como decía Beuthan, ridiculizando á Aristóteles, no es porque los carneros son capitales, sino sencillamente porque son carneros y la naturaleza ha dotado los seres vivos de esta propiedad, de que no gozan de ningún modo los capitales, de reproducir individuos semejantes á sí mismos.

Ahora bien; el capital no es sino una materia inerte y absolutamente estéril. Ciertamente, permite al trabajo producir, pero por sí mismo no produce absolutamente nada.

Luego, todo lo que se llama la renta ó el producto del capital, no es en realidad sino el producto del trabajo.

---

**Palmiro de Lidia**

## Incesto

(Conclusión.)

Con las manos en los bolsillos del gabán, secos los labios y palpitante el corazón, andaba el marqués de Albano

á caza de la hembra callejera, mirando indeciso á derecha é izquierda. El capricho habíase convertido en obsesión, y



ansiaba, con anhelos de macho sensual, la posesión de una de aquellas hijas del arroyo que otras veces había esquivado con repugnancia. Para él significaba aquello un desquite, una venganza premeditada, una rebelión del cuerpo contra la tiranía del amor convencional y pulcro. Ansiaba probar aquel otro amor del que apenas si tenía una vaga idea intuitiva; el amor acanallado y vicioso de la ramera, que tiene por campo de operaciones el fangal del arroyo, por templo inmunda boardilla y por altar el podrido colchón de pestilente cama.

¿Era capricho pasajero ó necesidad morbosa de un sensualismo enfermizo y extraviado? No lo sabía ni siquiera intentaba explicárselo. Sólo dábale cuenta de que sentía el deseo irresistible, el extraño apasionamiento sensual que le enardecía, impeliéndole, con imperativa sugestividad, á buscar en la prostituta callejera amores fingidos, caricias canallescas, placeres brutales, desnudeces manoseadas, cuerpos ajados por el continuo contacto del macho que busca sólo en la hembra momentáneo consuelo á su lascivia.

Al doblar una esquina, una mujer pasó por su lado, mirándole con insistencia. Era la hembra que buscaba; sin embargo, no se detuvo. La calle estaba desierta, pero había mucha luz, que despedía un foco eléctrico, y sentía invencible repugnancia en detenerse allí; después que hubo dado algunos pasos, pensó en dar media vuelta y seguir á la mujer, mas al instante divisó un transeunte, y desistió de su empeño, temeroso de que éste pudiera adivinar sus intenciones.

Dos mujeres más pasaron por su lado sin que se atreviera á hablarlas. Empezaba ya á cansarse, pero no cejaba en su empeño, más enardecido y decidido á conseguir su objeto.

Estaba disgustado por su indecisión y pensaba con terror en el ridículo que cae-

ría sobre él si se llegara á saber que el pulcro y elegante marqués de Albano, el mimado de condesas y duquesas, el favorito de las damas en los salones aristocráticos, andaba enloquecido en busca de una miserable ramera, ardiendo en deseos de estrecharla entre sus brazos, de besar su boca impura, de saciar en ella rabiosos anhelos de amor acanallado.

Caminaba descorazonado, casi vencido por el cansancio y avergonzado por su indecisión, cuando oyó á su espalda un ligero siseo. Volvió con presteza la cabeza y encontróse con una joven, casi una niña, que le sonreía,

—¿Qué quieres?—sólo se le ocurrió preguntarle.

—Que venga usted conmigo, señorito. El marqués vaciló.

—¿Vives lejos?

—No tenga usted cuidado, no se cansará. Cuestión de minutos.

La siguió sin desplegar los labios, sin atreverse á mirar á ningún lado, baja la cabeza, sintiendo en sus mejillas la quemazón de ardiente sangre que en oleadas subíale al rostro, nublando sus ojos y secando más sus labios.

Sentía bochorno, repugnancia, malestar... y sin embargo, seguía á la ramera, enardecido por el olor á hembra viciosa que de ella se desprendía.

Y mientras andaba callado al lado de la buscona, evocó en su mente, para distraerse, el recuerdo de la primer mujer que había poseído, la única plebeya que contaba en su largo catálogo de aristocráticos amoríos. Hacía de aquello unos veinte años: en aquel entonces estaba él entre la adolescencia y la primera juventud, y, poco ducho todavía en la conquista de duquesas, dedicóse á la de una linda camarera de su madre. Resultó que la muchacha, á los pocos meses, y como consecuencia de sus relaciones con el señorito, adquirió un desarrollo sospechoso. La marquesa inquirió la causa,



se enteró con disgusto del caso, amonestó severamente al hijo y... despidió á la pobre camarera, que fué á ocultar su vergüencia en el lecho de un hospital, olvidada del seductor, despreciada de las *personas decentes* y viendo perennemente ante sus ojos las negruras de un porvenir incierto.

De aquella aventura guardaba el marqués vago recuerdo, casi borrado ya por las vicisitudes de su vida alegre. Nada había sabido de la camarera, ni le había preocupado su suerte; pero ahora, al evocar su recuerdo, con todas sus cualidades de moza ardiente y fuerte, moza de pueblo, hija de campesinos, que se entregaba al señorito por amor, seducida por su elegancia, su belleza y distinción, sentía como un recrudecimiento de lujuria ardiente que encendía más su cuerpo con las oleadas del deseo.

—Hemos llegado,—dijole su compañera, deteniéndose ante una puerta estrecha y mal oliente.

Subieron hasta el último piso, penetrando en una reducida habitación débilmente alumbrada por un quinqué. A un extremo, cerca la ventana, una cama no muy limpia, en el centro una mesita, y á los lados, media docena de desvencijadas sillas y un diván roto y grasiento.

Albano dejóse caer en el diván, sofocado y anhelante; luego, más tranquilo, fijó sus ojos en la mujer, á la que no había tenido aún ocasión de observar atentamente. Era joven y agraciada, aunque en su semblante fatigado adivinábanse las huellas profundas de un vicio precoz. Con ojos lujuriosos contemplábalas Albano, viendo como se aligeraba de ropa, hasta quedar en su largo camisón lleno de encajes baratos, dejando al descubierto sus blancos hombros y sus senos robustos y duros. Cuando ella fué á sentarse á su lado, y aspiró sus penetrantes emanaciones de hembra joven y se vió enlazado por sus brazos, y besado por sus labios húmedos y carnosos, y

mirado lánguidamente por aquellos ojos negros, profundamente viciosos, sintió primero un largo escalofrío que recorrió todo su cuerpo, y luego oleadas ardientes, de fuego que encendían todo su cuerpo.

Dejábase acariciar pasivamente, sintiéndose feliz, no comprendiendo lo falso y acanallado de aquellas caricias de ramera.

Al fin, atreviése á hablar:

—¿Cómo te llamas?—la preguntó.

—Margarita.

—¿Vives sola?

—Sola. Mi madre, que era mi única compañera, ha dos años que murió.

—¿Y hace tiempo que sigues esta clase de vida?

—Desde que soy mujer. Mi madre me enseñó. Era preciso ganar el pan.

Albano quedó pensativo. Empezaba á interesarse, pero temía ser indiscreto.

—¿Y te gusta esa existencia que llevas?...

Margarita sonrió tristemente.

—En ella hay de todo: bueno y malo, alegrías y tristezas... Pero esto á tí maldito lo que te interesa. Tu vienes á gozar, pues gozemos. Oye, esta noche la pasarás enterita conmigo, ¿verdad, mi niño?

—Sí.

—Así me gustan los hombres.—Y cogiéndole la cabeza con gesto apasionado, y más que apasionado, interesado, estampó en su boca repetidos besos.

—Vamos, mi queridito, vamos; ya verás como nos divertimos.

Con gesto felino hizo deslizar la camisa por su cuerpo, presentando á los lujuriosos ojos del marqués unas formas exuberantes y excitadoras. Dejóse caer en la cama y extendiendo los brazos invitó con mimo al marqués; éste no se hizo de rogar: anhelante, la lascivia pintada en los ojos y la lujuria en el gesto, echóse sobre la hembra, ansioso de saciar en ella sus apetitos de macho ardiente.

A la mañana siguiente, después de una fatigante noche de amor, al abrir el



marqués los ojos y al darse cuenta del lugar en que estaba, sintió una extraña sensación, mezcla de cansancio, de disgusto, de asco y de malestar. Sentóse en la cama y miró á la mujer que tenía al lado; dormía profundamente; la encontró más pálida y con un sello indefinible de cansancio y hastío que contrastaba notablemente con la expresión aniñada de su rostro.

Llamó su atención un artístico medallón, sujeto por fina cadena de oro, que pendía de la garganta de la dormida. Cogiolo con las manos y lo examinó más atentamente. Era una joya de mérito, que le recordaba otra parecida que hacía veinte años regalara á la linda camarera que había seducido y abandonado.

Margarita despertó y observó el interés con que Albano miraba la joya.

—Es un recuerdo de mi madre. El perro de mi padre, un señor de noble cuna que la sedujo, según ella me contaba algunas veces, se lo regaló. Mira, ahí está el retrato de mi querido papá,—exclamó sarcásticamente, al tiempo que abría el medallón, dejando al descubierto una fotografía en miniatura que representaba un apuesto joven de unos veinticinco años.

Albano, al ver la fotografía, púsose densamente pálido y el corazón le dió un vuelco. Aquel retrato era el suyo, y aquella mujer era su propia hija, si eran ciertas las palabras que acababa de pronunciar.

No tuvo valor para preguntarle nada. Tenía miedo. Afectando indiferencia, dejó el medallón.

—Es una joya preciosa,—dijo únicamente.

A los pocos segundos levántose de la cama y se vistió apresuradamente.

—¿Te vas ya?—preguntóle ella.

—Sí; es tarde y tengo qué hacer.

Mientras se vestía dirigía furtivas

miradas á aquella joven pálida tendida indolentemente en la cama y con la cual acababa de pasar una noche de amor incestuoso. «Mi hija—se decía mentalmente—mi hija, esa desgraciada ramera! ¡Oh, no, no, imposible; eso sería monstruoso!» Sin embargo, allí estaba el medallón con su retrato. ¿Sería todo ello una petraña? Podía indagar. Pero, ¿y si resultaba cierto? Era mejor dejar las cosas tal como estaban, pues no iba él á perder su tranquilidad por una hija perdida venida no sabía de donde, con un pasado y un presente de vicio y un porvenir de ignominia. Por un momento pensó que la culpa de que existiera aquel sér desgraciado, era suya y sólo suya; pero este fué un pensamiento relámpago que apenas si hizo impresión en su espíritu de egoísta que ante todo y sobre todo ponía siempre su individual bienestar.

Cuando estuvo vestido, sacó de su cartera algunas monedas de oro y las dejó sobre la mesita.

—Adiós,—dijo simplemente sin mirarla.

Margarita saltó de la cama y corrió hacia él.

—Ni siquiera me das un beso. ¿No estás contento de mí?

—Sí, sí, estoy contento,—dijo desprendiéndose bruscamente de ella.

—¿Volverás?

No contestó. Bajó la escalera apresurado. Ya en la calle, aspiró con deleite el puro aire de la mañana.

Satisfecho incestuosamente su apetito de macho sensual, caminaba tranquilo, con paso reposado, abstraído en el recuerdo de su extraña aventura. Aquella mujer, con la cual acababa de pasar una noche de amor bestial, ¿sería el fruto desgraciado de sus primeros amores?... No quería saberlo. El olvido era lo mejor, y para su alma profundamente egoísta, era cosa muy fácil olvidar.